



## *Los criaderos humanos*

*(Épica de los desamparados)*

Miguel Méndez

Dedico esta obra a El Claro, Sonora, México, pueblecito ejidal donde pasé mis primeros quince años; a Bisbee, Arizona, pueblo minero que fue mi cuna; también a mis compañeros de labor en los campos agrícolas y en la industria de la construcción. Al lado de ellos supe de alegrías y aprendí del dolor.

△▽

## **Los criaderos humanos**

(Épica de los desamparados)

¿Cómo he llegado hasta aquí?

No sé.

Quizá la perennidad  
me envolvió en las rotaciones  
de este globo  
que gasta su materia vana

siempre rodando contra un espacio sin ayer ni mañana....	10
Por muchos años he caminado viendo buscando mis raíces mi rumbo mi esencia.	15
Sólo sé que he llegado a donde la tristeza es reina y soberana la miseria.	20
¡Dios mío! ¿Qué mundo es éste que oprime y lacera el alma?	
Letanías de cigarras secas chillan estridencias que se apagan. Vana crucifixión sin sangre sin agua. Riveras y milpas ansían el torrente cual hembras olvidadas.	25
Tejen la atmósfera sollozos secreteados ruido de arroyos ramajes rezando desde parajes perdidos en las entrañas de antaño.	30
Siluetas de ataúdes andan el filo del alba. Cubren los sombreros los rebozos guardan dolor petrificado llanto de estatuas. Allá va la procesión. Pisa campos cadavéricos al son de cánticos humillados. La tierra se traga a la tierra. ¿Qué mundo es éste	35
	40
	45
	50

que entierra a sus niños en la alborada? ¿No hay pájaros aquí? ¿Nadie canta?	
Voces superficiales	
de arena	55
me golpean con la fiebre negra de palabras hundidas en la tierra.	
Solamente los búhos	60
con su lenguaje nocturno sondean la madrugada sin el cristal del río ni ecos de la luna florecidos en campanadas.	65
¡Qué tierra tan lúgubre	
Los ojos de sus seres son luciérnagas disecadas sin fosforescencia verde de ilusiones.	
Continuación de la tierra los jacales empolvados.	
Polvo los dientes que no ríen	70
polvo la huella de los pasos... Lengua de sol murianciano áurea agonía de otoño remolineo cascabelero de risas pretéritas.	
El viento de la tarde	75
arrastra trinos corazones de alamedas. Alas secas flotan ruedan.	80
¿Qué pueblo es éste? Me hace llorar sólo con ver sus calles solitarias. Tal escenario trágico poblado de actores sin alma	85
sin obra ni drama literarios.	
¡Señor caminante!	
¡Este es un criadero humano!	
Yo	90
hace años trato de huir de sus murallas de cristal. ¡Mírame! No puedo estoy aferrado.	

¡Dios!	95
¿Quién es este ser que responde a mi llamado? Tenía los pies hundidos en el suelo. Inútil jaloneo. Sus dedos eran garfios enraizados. Un tono verde le coloreaba el pelo. Rezumaban savia los labios. Flores marchitas eran de sedientos geranios.	100
¡Deténgase señor! Vuelva sus pasos. Aquí solamente la resurrección de la clorofila es esperanza de vida. Dolor de humanidad	105 110
es reconocer la propia culpa y aceptar la acusación de la conciencia. Quise penetrar al pueblo raro caminar por sus callejas para sentir muy dentro si la conmiseración puede brotar de la vergüenza. Me estremeció un lloro horrible y aullidos desaforados.	115
¡Detén tu brazo injusto hombre sin misericordia! Volteó soltando el látigo sabedor en su propia carne que abusar de la fuerza es propio de cobardes. Señor, martirizamos a nuestras mujeres azotamos a los pequeñuelos y torturamos a estas bestezuelas. Son frágiles. No pueden defenderse. No podemos maltratar a otros hombres porque somos nosotros los más débiles. Cayó el hombre tal el árbol derribado.	120 125 130

Sus cabellos ramas de sauces dolidos caían flotando en reverencia al llanto. El perro torturado lamió las manos del amo.	135
Hay que comprender, señor, para perdonar. Yo amo y he perdonado. ¡Veme!	140
Yo como ustedes también fui fiera. Ya soy manso.	145
Se alejó humillado. Caminaba replegando la cabeza a los cuadriles torcido el lomo como arco.	150
Tenía la tristeza y la inocencia de los que han pagado grandes culpas con dolor moneda de los redimidos el mirar húmedo profundo como han mirado los santos.	155
Yo seguía caminando. Algo me lastimaba ya aún sin confrontarlo. Escudriñé las distancias hasta diluir la visión en las paredes de la nada. Contemplé mi derredor. Millones de mariposillas cristalinas flotaban en la atmósfera aleteando. Habían perdido sus colores. Revoloteaban buscando desesperadas.	160
Fugaces sombras de murciélagos cruzábanse en pena añorantes de tinieblas.	170
Yo proseguía mi caminata sorteando lagunas luminosas que el hada de los espejismos dibujaba con su magia. De trecho en trecho cubría mis ojos	175
	180

<p>cegado por resplandecientes espejos  los tales  tendían su luna  a lo argo y a lo ancho  tal alfombra que cubriera suelos.</p>	185
<p>El sol arriba    tenía potestad en los desiertos.  Como un dios arbitrario y asesino  arrojaba a mansalva  agudos reflejos de cuchillos.</p>	190
<p>¿Qué veo?    ¿Son verdad estos seres?  Fieros y rabiosos aparentan  ambos.</p>	195
<p>Quise averiguar todo    lo de aquel pueblo hambriento  por eso me acerqué a ellos  atrevido pero temblando.  ¡Dios mío!  ¿Me matarán?  El padre nuestro seguiré rezando....</p>	200
<p>Por favor    quisiera saber la vida  y la historia de estos campos.</p>	205
<p>Habló con voz de niño desnutrido:    Dicen que todo esto era un gran pueblo  habitado por seres de clorofila.  Los Rapiña les hicieron la guerra  desde los remotos tiempos de la piedra.  Derribaban a muchos  pero los brotes tenían tiempo de crecer.</p>	210
<p>Un día    aparecieron los Rapiña  con guillotinas eléctricas.  Decapitaron los árboles  con máquinas trompudas.  Arrancaban de raíz sus cuerpos.  Arrasaron con todo.  Donde hubo arboledas  quedaron oquedades y lamentos.</p>	215
<p>No restó sombra  ni alimento.  Alborear de los yermos agua inexistente.</p>	220

Reptaba la fauna. 225  
 Se tendía a morir  
 perezosamente.  
 Llanto de pájaros  
 huérfanos de atalayas  
 caía sobre el polvo 230  
 en lluvia inerte.  
 Verdes lodazales  
 se iban destiñendo.  
 La tierra desmayaba  
 sin vida 235  
 pálida.  
 ¡Cruelles!  
 Asesinos de pájaros  
 de fuentes y venados.  
 ¡Los Rapiña!  
 Cebados en su saña 240  
 inventaron aparatos voladores  
 que tenían forma de cruces.  
 Herían la atmósfera arrancándole bramidos de monstruo enrabiado.  
 De güeveras diabólicas arrojaban óvulos repletos de odio.  
 Hacían tremar a la madre tierra. 245  
 Tan horribles las explosiones  
 que sangraban con el estruendo las orejas.  
 Arroyos y ríos fueron como tripas rotas.  
 Debajo de los cadáveres  
 de añosos árboles 250  
 niños  
 mujeres  
 ancianos  
 y animales inocentes  
 víctimas de los viles 255  
 se pudrían en la muerte.  
 De la cumbre orgullosa de las montañas  
 brotaban chorreras de pus.  
 Aullaban de dolor las cavernas.  
 Ya no rió el viento entre la hojarasca 260  
 ni halló a las plantas para jugar con ellas.  
 Bajaba llorando  
 pegado a las heridas del suelo  
 buscando a la vida  
 para darle aliento. 265  
 ¡Nunca!, Señor,  
 reinaron tanto la maldad y la indolencia.

Pasados los años

llegamos muchos seres de sangre  
enamorados de la tierra. 270

La amábamos  
atendíamos su preñez.  
Ella nos premiaba con el fruto de su natural pródigo.  
Pero nos descubrieron los Rapiña  
los hombres de las jeringas succionadoras de sangre. 275

Imagínese, señor,  
la convierten en oro.  
Somos un pueblo anémico.  
Veneros bermejos de metal líquido  
recorren nuestras vetas. 280

La voz era de ternero  
pero su cuerpo era de toro.  
A pesar de sus enormes corpachones y de sus cuernos de cimitarras  
no eran temibles.

El otro ser permaneció inclinado soñoliento 285

Se notaban cansados  
mansos.

Me dominó la curiosidad.

¿Qué clase de toros son ustedes?

Bajaron la cabeza sonriendo con mucha timidez. 290  
Se uncieron a la yunta  
empezaron a tirar del arado  
voltearon denotando pena y humillación  
sin brillo en los ojos.

Me dijeron con la mirada: 295  
perdónenos por favor  
este sufrir tan grande.

Ya ye.  
Lo aceptamos.  
Nosotros, 300  
señor,  
somos los Humillados.

El arado egipcio removía la tierra seca  
como entraña de mujer  
paridora de escuálidos enanos 305  
sin la voluntad y energía  
que dan los mantos de los fresnos  
los álamos

y el don gracioso de los verdores enérgicos. 310  
Epopeyas grandiosas  
techos estrellados  
brisas de ternura

pasión que es fuego yunque hierro	315
aletargados en servidumbre. Aberración de güevos pisoteados tronar de cáscaras frágiles zapatos de lujo calzados por ateos botas aplanadoras de soldados.	320
Yo había caminado por parajes desnudos.  Sólo la huella de las sombras pude entrever de la antigua floresta que no era ya más que no volvería a ser.	325
Mal podía importarme mi destino si buscaba mi origen perdido...  Así  por azar tropecé un día con uno de los infames criaderos.	330
Raro... un hombre de aspecto repulsivo  que parecía cucaracha me hacía señas para que me acercara al árbol a cuyo copo estaba encaramado. Sentí miedo y algo eléctrico en el espinazo.	335
Acércate tú  le sugerí.  Contestó que no	340
oscilando la cabeza repetidamente lo mismo que hacen las serpientes. Pensé: ¿Será de la especie de los changos?	345
Caminaba discerniendo  a qué tipo de humanos pertenecían los Humillados.  Una voz me volvió de mi letargo.	
¡Ay señor! Son bueyes mansos. Son de la misma especie de los olores de pan. Así permanecen por años millones de éstos recluidos en los aledaños de la muerte	350
	355

sin más alimento que el olfato.  
El gobierno manda peritos a descifrarlos.  
Por mucho tiempo quedan arrumbados  
confundidos con hierros  
carbón 360  
petróleo.

Un científico aseguraba que eran hongos  
pues se mecían ligeramente con el viento.  
Los zopilotes descubrieron el misterio.  
Ya muertos los Humillados 365  
hedía la carroña  
igual que la de cristianos.  
Eran de sangre  
poseídos de pavorosa epidemia.  
¡Hambre! 370

Los sirvientes de los Rapiña  
temerosos del contagio  
acusaron a los Humillados  
de asaltantes y revolucionarios.  
El gobierno es perdonó la vida. 375  
A cambio  
serían esclavos.  
A los tercos que pugnaban por justicia  
se les sellaba como malhechores  
para así eliminarlos. 380  
La sangre  
siempre ha rebozado la huella de los redentores.

Los más grandes explotadores de criaderos humanos  
son los Hombres de Cristal.  
¿Qué cosa me está contando? 385  
¿Hay hombres de cristal acaso?  
Sí, los hay.  
Tienen ojos  
tal lagos azules muy hermosos.  
Le suplico que me siga platicando. 390

Con mucho gusto señor...

Los Hombres de Cristal  
ya habían sojuzgado a los tintos de azabache  
que son de carbón y de chapopote.  
Los Rapiña de mucho pueblos 395

son tributarios de los de Cristal.  
 Estos  
 tienen la regia prestancia  
 majestad y belleza de las águilas  
 tremenda fuerza 400  
 agudas y filosas garras.  
 Vuelan tan alto  
 tan alto  
 que tienen nidos en la luna  
 y rayos del sol prisioneros. 405  
 A los pueblos que les niegan sus tributos  
 cubren los cielos de puñales  
 y arrasan a fuego.  
 ¡Ay de aquéllos que disputen sus posesiones  
 o toquen sus imperios! 410  
 ¿Usted quién es buen anciano?  
  
 Un veterano  
  
 tan viejo soy  
 que me confunden con sabio.  
 He visto al terror ofuscado 415  
 correr con piedras en las manos  
 también manos peludas  
 cuando empuñaban armas de fierro templado.  
 Cuando joven  
 fui mecido por la risa de los niños 420  
 los seres felices  
 y los enamorados.  
 He visto a la muerte  
 montada en piafantes corceles  
 en tierra 425  
 en maquinaria funesta.  
 En los cielos  
 navegando la vi  
 como una estrella.  
 Conozco desde la cuna 430  
 la tragedia del ingenio humano.  
  
 El viejo  
  
 ¿Milenario?  
 estaba desnudo.  
 Tenía un cuerpo extraño 435  
 cubierto de cicatrices.  
  
 Me dijo  
  
 desde la gruta de su laringe:  
 ¡Mire!  
 Estas son huellas de pedradas. 440

Esto  
 un colazo de iguanodonte.  
 Me han herido con cuchillo de piedra.  
 Tengo además  
 señales de serrucho eléctrico. 445

Su voz gruesa  
 fue adelgazando  
 hasta terminar en hebra  
 luego en flotante pelusa  
 que fue yéndose dispersa. 450

De pronto ya no habló.  
 Emitía el mismo chiflido del viento  
 cuando es prisionero de botellas abandonadas.  
 Me fijé que tenía los genitales petrificados.  
 El rostro se perfiló en relieve cascaroso. 455  
 Era el culo como ventana de barco.  
 Quise despertarlo  
 palmeándole la espalda.  
 Se me rebosó la mano con puñados de escamas.

Deduje: 460  
 seguramente es un pez antediluviano.  
 No le haga caso, señor.

¡Dios Santo!  
 Esto parece un fantasma.

La vieja llegó por la retaguardia. 465  
 Tan largo tenía el pelo  
 que le arrastraba.  
 Le cubría el cuerpo todo  
 también la cara.

Habló con voz hueca y acampanada: 470  
 Este viejo hablantín es un árbol milenario  
 embustero y fantasioso.  
 Cierta que desvaría con el saber de los siglos.  
 Cayó cuando la gran batida de los clorofilarios.

Porque ha de saber usted 475  
 que todo esto era un bosque frondoso.  
 A los Rapiña no les basta la sangre.  
 Aquí derramaron la clorofila  
 talaron todo  
 chicuelos y renuevos 480  
 sin dejar semilla.

Los pocos que usted ve  
 quedaron de milagro  
 testigos del pasado.  
 ¿Nota usted el vientre arrugado de la madre tierra? 485  
 A este pobre lo dejaron muy mal herido  
 con hachazos en todo el cuerpo.  
 Le quedó una raíz.  
 Renace  
 platica una vez al año 490  
 llora en otoño de verse enjuto y calvo  
 añora el amor de las abejas y sus labios.  
 Ya no tiene semilla  
 ni flores ni polen  
 sólo recuerdos 495  
 y un tronco que se seca  
 pleno de ilusos resabios.  
 Los segundos enfilados van tejiendo su mortaja  
 ¡Mírelo!  
 Está hueco. 500  
 En la noche se llena de pájaros.  
 No lo han hecho leña  
 porque yo lo cubro con mi greñero.  
 Luego  
 todo fue gorjeos y trinos 505  
 de volátiles  
 que llegaban en parvadas  
 sumiéndose en el vientre sin entrañas.  
 La señora Enredadera  
 cesó su parloteo 510  
 a tiempo que cubría a su abuelo.  
 El reacomodo de pajarillos  
 sonó como triperío pedigüeño  
 de estómagos exigentes e indiscretos.  
 ¡Otra vez el hombre extraño! Me dio miedo. 515  
 Caminaba tan agachado  
 que semejaban sus pies a las mismas manos.  
 Tenía mirada torva  
 boca pronunciada.  
 Lo nimbaba una extraña aureola de hilillos iluminados. 520  
 Desde las chozas de ocotillo y barro  
 me llegó una advertencia:  
 ¡Cúidese!  
 no se acerque a ése  
 es de la especie venenosa de los intrigantes. 525  
 Comercia con la traición.  
 El engaño es su arte

vende a sus hermanos  
 sin omitir a la madre.

Caía la tarde. 530

El sol en el ocaso aún hacia daño.  
 Huía el maldito  
 cual rufián sádico  
 que va dejando a su paso  
 un mundo de cadáveres. 535  
 Llegué a donde las chozas.  
 Me asombró la rara artesanía con que hacían a los niños.

¿Son piñatas de cuero,  
 señora?

Tenían vientres como vejigas 540  
 brazos y piernas de cañajotes  
 nalguitas del tamaño de aguacates  
 caritas arrugadas de viejos nonagenarios.  
 Me rodearon riendo.  
 Pelaban los dientitos como topes ahogados. 545

Señor,  
 éstos casi no son de sangre.  
 ¿Sabía usted que este pueblo  
 es criadero de los hombres Rapiña?  
 Estos ancianos en realidad son niños 550  
 hijos de madres muertas de hambre.  
 A nosotras antes de parirlos  
 se nos seca y se nos pega el ombligo  
 como no le pasa nada...

Los Rapiña... 555  
 vienen cada semana  
 a sacarnos la sangre  
 con sus pavorosas jeringas.

Ya ve que la usan para fabricar oro.

Ellos tienen mucho. 560  
 A nosotros  
 ya sólo nos escurre clarita de huevo.  
 ¿Son ustedes de pura albúmina?

¡Ay, señor de mi alma!

Anhelamos tanto ser de savia de clorofila. 565  
 ¡Si pudiéramos ser plantas!

De pronto  
 vi que se introducía la mano en el vientre  
 que era como el de los canguros.



Un niño rompió a llorar  
 asustado. 615  
 Se le puso que yo escondía una jeringa.  
 ¡Mamá!  
 Ese hombre es un Lapiña.  
 La madre espantada me preguntó.  
 ¿Usted quién es, señor? 620  
 Soy maestro.  
 A la juventud doy consejo y amo.  
 Soy un poeta  
 un hermano.  
 Examinaron mi traje viejo 625  
 polvoso y harapiento.  
 Además iba descalzo.  
 Tiene dulzura y tristeza  
 donde otros guardan la furia.  
 ¡Vengan es un poeta! 630  
 Alegres propagaban la noticia:  
 Es un maestro del campo.  
 De las bolsas de los vientres de los jacales  
 y no sé de dónde  
 empezaron a surgir muchísimos chamacos. 635  
 Me rodearon disputándose mi proximidad.  
 Se paraban en sus patitas traseras  
 mostrándome los dientes triangulares.  
 ¡Empezaron a roer la tela podrida de mis pantalones!  
 Estuve a punto de correr asustado. 640  
 ¿Serán pirañas?  
 ¡Los terribles caribes!  
 Sentí que replegaban a mis piernas  
 las caritas huesudas.  
 Sus cuerpecillos manaban inocencia 645  
 tibia ternura  
 reclamos de amparo.  
 Me besaban la mano  
 de cuyos dedos escurría saliva.  
 Sentí angustia. 650  
 Me invadió una tristeza profunda.  
 Cerré los ojos.  
 Quería ignorarlo todo:  
 los mares de hiel  
 el miedo 655

los sollozos  
 el hambre de los seres desdichados  
 la amenaza continua.  
 Quería borrar  
 todo aquel mundo sombrío 660  
 que animaba mis retinas.  
 Sentí que mis sienas  
 eran débiles paredes  
 que la fiebre golpeaba  
 con sus puños de fuego. 665

Desde la lejanía  
 presentí las bestias  
 resonar sus patas  
 contra la tierra.  
 Crecía un murmullo 670  
 de ríos mal heridos  
 montañas moribundas  
 árboles degollado  
 vientos enloquecidos.  
 Ya no eran susurros. 675  
 Eran voces altas  
 las que llegaban  
 en viaje de siglos.

¡Aaaay aay ay!

Un grito filoso rasgó la atmósfera 680  
 tal la piel de un ser humano.  
 El pánico rojo  
 prendió terror primitivo en ojos desorbitados.  
 ¡Los Rapiña!  
 ¡Ya vienen los Rapiña! 685  
 La desesperación y el miedo arrancaban alaridos.

¡A morir peleando!  
 gritó un esquelético.  
 Algunos harapientos le siguieron.  
 Un dedo de acero señaló a los renuentes. 690  
 ¡Aaay aay ayaayayay!

Las puntas de las cañas amargas  
 y las crueles granizadas con su traqueteo.  
 Pechos de mancebos  
 oradados 695  
 boquetes exangües de jóvenes bellas:

Vil muerte impune que dan los déspotas.  
 Corrí aterrorizado a replegarme al Milenario  
 tras la vieja Enredadera.  
 Los hombres Rapiña en realidad eran muy pocos 700  
 pero venían flanqueados por legiones  
 que marchaban en cuadros  
 vestidos con trajes de un verde oscuro.  
 Eran los insensibles hombres Aguijón.

Esporádicamente 705  
 se rebelaban los del criadero.  
 Entonces  
 los Aguijón perpetraban matanzas  
 para que los hambreados tomaran escarmiento.  
 Eran los hombres Aguijón 710  
 a ratos humanos  
 en sus misiones perversas  
 cual si hubieran sido hipnotizados.  
 Se volvían fieras carniceras  
 con la consigna de no dejar vida a su paso 715  
 ni cosa que se moviera.  
 Con garras  
 dientes puñales y rifles  
 desollaban la carne de los rebeldes  
 que osaban levantar los puños cerrados. 720  
 Los Aguijón  
 eran también esclavos de los Rapiña.  
 Ya estaba en acción la misión sanguinaria.  
 Vi a un Aguijón que succionaba la sangre de un anciano.  
 Reía luciendo la jeringa 725  
 a medias vacía la mitad con sangre.  
 Como leña seca  
 tornábase el viejo en su agonía.  
 Con la sangre de los jóvenes  
 rebozaban las jeringas 730  
 y por jóvenes les restaba aún  
 la gracia de un hálito de vida.  
 Tampoco perdonaban a los niños  
 pues de la sangre inocente de los infantes  
 fabricábanse joyas 735  
 las más graciosas y brillantes.  
 Con la sangre extraída de los criaderos

se ornaban las aristocracias.  
Pulseras  
anillos 740  
collares  
brillaban adornando a caballeros y damas.  
Eran los tales ornamentos  
lágrimas y sangre de los seres de los criaderos.  
Con el mismo oro hecho de la misma sangre 745  
lucían rutilantes los templos religiosos.  
Los seres que se cubrían del metal maldito  
pregonaban con brillo  
la complacencia en el genocidio.  
Vi que los Aguijón 750  
húmedos de rojo  
descargaban sus jeringas en grandes depósitos.  
El aire se teñía de espumarajos.

Al ver los Rapiña regocijados  
el éxito del comercio sangriento 755  
acariciaban a los hombres Aguijón  
y los premiaban con el mismo metal  
que rendía el asesinato.

Reían los hombres Rapiña con malicioso alarde  
a tiempo que los serviles Aguijón 760  
cantaban himnos al deber cumplido  
y a la disciplina criminal y cobarde.  
Lloraban los indefensos seres de los criaderos  
con el son monocorde de la música de sus ancestros.  
Con lágrimas añoraban al mar 765  
dolor de la vida  
nostalgia del nacimiento.

En un tiempo pasado había sucedido algo extraordinario:  
un criadero se había rebelado.  
Tras un lucha cruenta 770  
los hambrientos derrotaron a los Rapiña.  
Los ejecutaron.  
Tras la venganza  
pareció haber llegado la justicia.  
Entonces 775  
se operó una metamorfosis rarísima:  
los caudillos del movimiento revolucionario  
se transformaron a su vez en Rapiñas  
olvidando su origen.

Desde mi refugio podía identificarlos: 780  
chapeados de oro  
sañosos  
eran los más crueles

los más ostentosos más avorazados.	785
Torturaban envilecían a las mujeres que antes fueron sus hermanas soldaderas y causa de sus nacencias.	790
A los niños sin signos en las manos de risas asesinadas los mecían en brazos. Las huellas de la barbarie en la anemia de sus caras desangrados como muñecos de hilacho.	795
Los Rapiña ensayaban su oratoria cotidiana: los niños son el porvenir de la patria. ¡Oh las madres hambrientas!	
Cabelleras de pasto marchito fuga de vida por los ombligos fuentes de leche senos de canastos vacíos prados de flores silvestres rosarios de lágrimas.	800
¡Pobrecillas! Poesías amargas. Vida que se moldea en sus vientres de barro industria dolorosa sin sueño ni descanso	805
instintiva ternura desde los tiempos primarios celo de recién paridas defensivo empeño de bestezuelas. ¡Pobres madres hambrientas!	810
Hechas de mar y de tierra.	815
Un viejo enclenque hambriento y enfermo se acercó hasta un Rapiña de alegre dentadura. Abriendo los brazos imploró:	820
No es de ley, señor, ni es de justicia. Este crimen no puede estar en la letra de las leyes humanas y divinas.	825
Mira, viejo, las verdaderas razones son las únicas que pesan. No te fíes de la ley escrita	

la que se impone la trae la hembra desde la matriz  
 y se pasea en el semen del macho 830  
 antes de que los seres se forjen  
 de la carne que se unifica.

Sobre colinas y sierras  
 sobre toda pradera  
 sin que abarcara la vista 835  
 contempló el viejo las matas  
 reverdecidas y erectas.

Vio prados de maíz creciendo  
 si bien inermes en su prematura  
 crecidos espigando bayonetas. 840

Los Agujón seguían su horrenda tarea  
 sordos a los gritos de clemencia.  
 Sus ojos enrojecidos soles eran  
 sanguinolenta lluvia las manos  
 los corazones cuchillos de piedra. 845  
 ¡Cuánto placer a los Rapiña!  
 ¡Cómo crecía la riqueza!  
 Piedra filosofal que no falla:  
 ambición  
 barbarie 850  
 vileza.

¡Este es un criadero humano!  
 Aquí la vergüenza del género  
 aberración del universo.  
 Aquí brota el dolor como esencia 855  
 gesta al arte  
 en sus formas groseras.  
 De los veneros de la amargura  
 se nutre el genio del espíritu  
 que labra en bruto la materia. 860

Aquí el rencor y el odio crecen como el coral.  
 Aquí la tara biológica arma a los crueles  
 que aun siendo víctimas y explotados  
 fustigan a niños y mujeres  
 sin más motivo que estar frustrados 865  
 y el ser más fuertes.

Aquí el hambre que fustiga  
 que barrena las tripas  
 que desespera en rugir  
 casi en bramar de bestias. 870  
 Aquí el dolor desesperado  
 aquí la degollina.

¡Este es un criadero humano!

Ayes hirientes	
lenguas hambrientas lamían la tierra sin verdores plateando la erosión con la baba trágica. Era el chillar desgarrante de mujeres sin consuelo y lapsos pétreos de los hombres sin palabras ni lamentos, cenizas y llamarada.	875     880
El hambre les atrofiaba el don del pensamiento aún punzando la mente. Eran como trozos de tierra que se están pudriendo fétidos. Hedía la carne de los vivos como la carroña de los muertos. Los lamentos y el lloro como el viento y el polvo se untaban ondulantes en la tierra hundiéndose en sus grietas en un coro que oradaba las piedras.	  885     890
Yo contemplaba mimetizado entre mis hermanos de savia. Un tremor sacudía al árbol viejo hasta donde los siglos habían hundido las raíces que los mismos siglos secaban. Murmuraba ahogado y reticente tal el habla de quien se embriaga o como quien solloza inundando las palabras.	  895    900
El Milenario trataba de decir algo: Malditos los que fingen ternura los huérfanos de humanidad malditos. Mil veces malditos quienes instigan las guerras. Malditos los que pronuncian en falso el nombre del Bendito que expiró en la madera de mis brazos.	    905
El viejo Milenario con voz estropajeada maldijo a sabiendas que sus voces acusativas se repetían por siglos igual que hojarascas vencidas.	  910
Sentí que mi amiga Enredadera se cimbraba. Un goterío perlado cual brisa del abismo oceánico	 915

inundaba mi cara  
 escurría mis manos.  
 Mojaba mis labios apenas  
 el sabor amargo 920  
 y un espeso salado.

¡De pronto!  
 ¿Qué veo en el fondo de tan terrible cuadro?  
 Entre bárbaros y masacrados  
 mis abuelos y biznietos 925  
 en uno y en otro bando.  
 Yo mismo me miraba  
 agonizando desangrado.  
 Pero al instante  
 puñal en mano 930  
 hería a mis propios hijos.  
 ¡Dios mío!  
 Por un momento  
 sentí pena de haber nacido.  
 Pensé en otro mundo distante. 935  
 ¿Marte?  
 Poblado de volcanes y cráteres.  
 ¿La luna?  
 Inútil misterio del espacio.  
 Venus en hervor continuo. 940  
 ¿A dónde ir?  
 Si todos los mundos están vacíos sin seres vivos  
 ni siquiera vegetales.  
 ¿Qué son los mundos en el tiempo cósmico?  
 Efímera trayectoria que arde. 945  
 ¿Y la vida del hombre qué?  
 Sólo un fugaz instante.

Salí de mi escondite  
 contemplé el rojo del crimen  
 y el agónico amarillento de las anemias múltiples. 950  
 En los oídos se me clavaban los ayes  
 alfileres, aleznas y puñales.  
 Invocaciones de la esencia dolorosa  
 que arranca de la entraña del sufrir humano.  
 Sentí pena 955  
 por mi parte tributaria  
 a la culpa universal  
 de tan enorme infamia.  
 Lloré minutos fugaces de arrepentimiento  
 renegué de la impotencia 960  
 de no anular dentro de mí mismo  
 la maligna condición que nos convierte  
 tal como son las bestias.  
 Cruzaba entre las víctimas.

Me llamó la atención algo: mocetones con plantas exóticas semi cubiertas de tierra. Me acerqué con curiosidad de botánico. ¡Eran niños!	965
Casi plantas. ¡Empezaban a brotarles espinas en las manos! Huí. Miraba las cabelleras de los muertos tendidas.	970
Trigales marchitos parecían entre los dedos del viento. Se alejaban los verdugos hartos de crueldad.	975
Lejos se iba licuando el crepúsculo llorando sobre la mar. Ya el fondo de los ríos se plagaba de estrellas. Viaje de plata y de murmullos.	980
Búhos campesinos pabomas grillos y nostálgicos aullidos coreaban las notas fosforescentes de un nocturno de lágrimas.	985
Triunfo sempiterno de los poderosos. Con sangre construían lujos: abrigos de pieles automóviles cuantiosos caudales en los bancos y la soberbia de sus palacios.	990
Volvían los Rapiña a sus hogares bien custodiados. Los hombres Aguijón cumplían su deber guardias tenebrosos inconscientes y bárbaros.	995
Los verdugos se marchaban cantando: somos los libertadores la emancipación de los pobres. Había dolor en el eco de sus voces.	1000
	1005

Parecía que el mecanismo de sus mentes  
 no vencía el olvido 1010  
 que sepulta lo no deseable.  
 Tal un presente perenne  
 que guarda épocas y episodios  
 pese a tiempos ya pasados.

Emergían insistentes los recuerdos: 1015  
 Un niño que lleva a cuestas  
 el doloroso heroísmo de los harapos  
 un joven bravío  
 pleno de arrestos redentores  
 y hondos ideales humanitarios 1020  
 yacían reclusos  
 al fondo de sus almas aceradas.  
 Lloraban a solas  
 añorantes.

Pisoteaban con egoísmo fatalizado 1025  
 un pasado vuelto maraña  
 de la felicidad  
 entretejida en selva laberíntica  
 de lianas de oro y plata.

Les dolía la entraña 1030  
 dolor de hombre que acuchilla su niñez  
 estrangula su juventud  
 embarca su senilidad ciega de ideales  
 en las cañadas turbulentas  
 que bajan a los abismos oscuros 1035  
 de la subconciencia.

Cataratas de agujas y alacranes  
 roedores hambrientos  
 ¡Insensatos!  
 Corruptores de su propia historia. 1040  
 ¡Cuántas veces acercaron la noche  
 al balcón de sus mansiones áureas!  
 ¡Cuántas veces lloraban memorias  
 ancestros inoportunos  
 fantasmas tercos 1045  
 genealogía tesonera  
 que hinca sus garras en el alma!  
 ¡El abuelo albañil!  
 encorvado y reumático  
 el mismo 1050  
 que con millones de ladrillos  
 se construía una prisión a diario.

¡La abuela!  
 Pobrecita vieja  
 atada al fuego de una hornilla 1055

lavando ropa ajena  
a cose y cose en horas de sueño  
condenada a la miseria  
por cada día que amaneciera.

Aquel adorado viejo 1060

campesino  
el que antes de morir ya era tierra.  
¡Hermoso antepasado!  
Humillado  
caminaba mirando el ras del suelo 1065  
de donde brotan las plantas.

¡El padre!

De manos y rostro siempre sucios.  
Limpia la mirada  
bondadoso 1070  
recto  
justiciero.

El que murió ajeno a los trapecios de la aristocracia  
consumido como topo ciego  
en las entrañas de la tierra. 1075  
En las cavernas mineras  
arañaba el metal con que se hacen monedas.

¡Y ellos!

Enriquecidos y poderosos  
ignoraban el dolor de su especie 1080  
¡Qué vergüenza!

Pero una ráfaga de viento  
doblaba la página añorante.  
La meditación  
la nostalgia 1085  
pasaban como las ánimas.  
Entretenían a sus hijos  
contándoles heroicas hazañas  
fabulosos episodios revolucionarios  
justificaciones falsas. 1090

Estos  
avezados y listos  
fingían creer.  
Empezaba a crecer el cinismo  
lodo que cubre y arrasa.... 1095

Me fui alejando  
en pos de un abril con primavera.  
Ya estaba el sol ausente

concedía una tregua. 1100  
 Brillaba la luna indiferente  
 fingiéndose soberana de las estrellas.  
 Inexplicable dualidad de los humanos  
 con la misma ilusión que animan la esperanza  
 alimentan al buitre que los devora.  
 A un lado de la vereda 1105  
 donde iba sembrando mis huellas  
 como a semilla estéril  
 vi el esqueleto de un árbol gigantesco  
 que hermoso en su mocedad  
 lucía aún airosa muerte. 1110  
 Me alegró la idea de su fronda.  
 Iba a tenderme a su amparo.  
 Ensueños de ramas verdes  
 tejíanseme en la frente.  
 De pronto 1115  
 me detuvo un presagio.  
 Arriba  
 coronando de infamia el árbol  
 estaba el hombre extraño.  
 Tenía el labio inferior caído. 1120  
 Pensé:  
 Es taciturno.  
 ¿Búho?  
 Torció medio labio alargándolo.  
 No. 1125  
 Es rencoroso vengativo.  
 ¡Está acechando!  
 ¿Felino?  
 Sonrió fingiéndose dormido.  
 Lo denunció la lengua y su resuello zumbante. 1130  
 ¡Sentí cascabeles en los oídos!  
 ¿Será víbora el desgraciado?  
 Desde aquí estoy a salvo,  
 grité,  
 maldito intrigante. 1135  
 ¡Un chispazo!  
 Me aterrorizó ver que se lanzaba al vacío  
 directo al espacio  
 que violaba con mi cuerpo.  
 Bajaba balanceándose 1140  
 acróbata maligno.  
 En un trapecio brillante  
 hacía de su baba un hilo.  
 ¡Arácnido!  
 Huí lleno de pánico. 1145

Curioso  
 tejían los arácnidos  
 a la luz de todo el mundo  
 con tan fina y abundante baba  
 que a sabiendas de la perfidia 1150  
 que los embargaba  
 no escaseaban los crédulos.  
 Estos se enredaban estúpidamente  
 en sus trágicas redes  
 y aún los había que sucumbían 1155  
 víctimas  
 creyendo redentores  
 a quienes siendo falsarios  
 son criminales  
 ladrones 1160  
 bribones armados de labia  
 crueles  
 mentirosos.

Quise conciliarme de las visiones horrendas.

Contemplé en los campos 1165  
 la sal y la ceniza.  
 Gestos de niños inocentes:  
 las piedras y la arena sonreían  
 la brisa  
 la plata 1170  
 la luna  
 el mar  
 y los rosarios de nácar.

Me interné sin rumbo en los parajes semidesérticos

burlando la caricia de los cactus. 1175  
 Meditaba:  
 ¡qué paradójico  
 los seres de los criaderos!  
 Son en realidad los que semejan buitres  
 tan flacos y agudos los rostros 1180  
 casi pura osamenta.  
 En cambio los Rapiña  
 son rechonchos  
 gordinflones  
 muy pulcros 1185  
 siempre rasurados  
 con algo maternal en el aspecto.  
 Parecen pollos recién pelados  
 listos para hornearse.

Oí risas por todos lados. 1190

Sin darme cuenta  
 había ido monologando en voz alta.

Se carcajeaban de contento los cactus  
comunicándose a risa y risa  
el motivo de hilaridad tan sonora. 1195  
Yo caminaba riendo.

Un sahuaro  
al que se le miraban las costillas  
me dijo resoplando.

¿Conque pollos pelones rostizados? 1200

No, señor,  
Yo dije que pollos pelones  
listos para el horno.  
Volvieron a reír todos  
con júbilo escandaloso 1205  
porque el sahuaro se había equivocado.  
Las nopaleras torteaban las pencas colmadas de alegría.  
Una biznaga chistosa  
obvia su preñez  
se inflaba y se inflaba de la risa. 1210  
Se festejaron hasta las calabacillas silvestres.  
Tanto se sacudían  
que remedaban arroyos  
en rastra de campanillas.  
Me senté cabizbajo ensimismado. 1215

¿Estás enfermo hijo?

Susurró una cholla.  
No madrecita  
estoy muy cansado...  
Duérmete junto a nosotros. 1220  
Te cuidaremos de los bichos malos.  
Yo te guardaré de las fieras  
agregó un sahuaro.

Con los cactus me ligaba  
particularmente 1225  
una amistad entrañable  
desde la infancia.

Agradecido les contesté:

seres de clorofila  
¡Cuánto los amo! 1230  
Me despertaron en la madrugada  
para no mojarme  
a la hora en que beben agua los cactus.  
Un cielo tiernecito  
nacía brando serenamente. 1235  
Sentí muchas ansias de volver a mi casa.  
Me fui llorando

como un niño extraviado  
 con la pesadumbre  
 que la soledad y la ausencia  
 nos hace sonar alguna vez. 1240  
 que llegamos a casa  
 llamando con desesperación  
 sin quién nos conteste  
 ni nadie en el mundo 1245  
 que abra aquella puerta...  
 No podía acordarme  
 de dónde había partido.  
 Quería esclarecer el presente  
 y el rumbo que seguía 1250  
 en busca de un destino  
 que el misterio parecía  
 ocultar para siempre.  
 Preguntaba a todos por mi hogar.  
 Quién sabe... 1255  
 Me contestaban como única respuesta.  
 ¿Vendré del mar?  
 ¿De los desiertos habré emergido?  
 Quizá de las montañas  
 o de alguna nave 1260  
 que antaño descendiera de lo ignorado.  
 Caminaba llorando  
 abstraído.  
 Cuando salió el sol  
 me di cuenta 1265  
 que eran mis pasos sobre las aguas de un río.  
 ¡Contra la corriente!  
 La tierra de mi nacencia.  
 ¡Dios mío!  
 Me espera al fin de mi camino. 1270  
 No quiero  
 que mi tumba sea dentellada del infierno  
 ni sea mi sepultura  
 zaguán de la inexistencia.  
 Quiero que bajo la tierra 1275  
 mi cuerpo sin alma  
 se convierta  
 de la podredumbre nauseabunda  
 de fosa alfombrada de gusanos  
 con su terrible parto a la inversa 1280  
 en la semilla de un árbol hermoso  
 que crezca con algarabía de hojas risueñas  
 y armonioso cántico del viento.  
 Un susurro suave

melodioso	1285
brote de su follaje	
y consuele a los seres que se duelen	
con la eterna canción que inspira Dios:	
amor	
universo.	1290
Quisiera ser un hermano de savia y de clorofila	
que alegre y amigo	
ofrende su sombra	
en los cementerios.	
¡Oh ciudad encantada!	1295
Eres tú	
la ruta de mi destino....	



## Sahuaros

Pósase el firmamento sobre el suelo.	
De lejos	
parece agua lo que solamente es azul.	
El páramo luce claro	
como una cripta transparente.	5
Los desiertos calvos	
arrugados	
semejan	
cadáveres de viejos derruidos por los años.	
Brillo del agua ausente	10
sed milenaria de los arenales	
baba de caballos afiebrados.	
Trasciende un sol llameante desde cristales subterráneos.	
Lejos	
trotando por los caminos del instinto	15
una procesión de camellos fantasmales	
a beber va de ciegos oasis	
inundados con sed de mortales.	
Bramar remoto de anfibios.	
Verde	20

mar lujuria dolor sangre.	
Ciénegas verdirrojas	25
se retuercen y paren. Rocas resquebrajadas remolidas polvoreadas.	
Quietud pálida.	30
Eco sin humedad. Huesos. Vitrina del oriente. Irradiantes marfiles de névea albura.	
Rebelión de la tierra estéril	35
furia en las tolvaneras terregales fuego viento.	
Van furiosas contra el sol	40
las muy densas polvaredas. Odio van remolineando cubriéndolo de alas negras. Beatitud frustrada:	
rabia en las miradas verticales de los reptiles heroicos.	45
Viento horizontal: haberío de norias interestelares. Redes de arácnidos plateros brillosas agujas de obsidiana	
instantes de flamas negras.	50
¡Crepúsculo!	
Humillación de los instintos ungidos por áurea melancolía. Granada encendida	
troca su vida por la negación tenebrosa de los colores.	55
Los gallos perforan los techos de tinieblas cuelgan hileras de universo entretejiendo destellos: trenzas de luz y fuego.	
Las miradas saltan	60
se trapecian por los cielos enjoyados. El alma es la placenta del ánima. Cielo de parras simula	

el candil de las estrellas. ¡Qué lindos se ven los astros! Prendidos a fuer de perlas. Dios intuyendo estrellas y pupilas crea universo y vida. Finitud presa en la redondez del tiempo.	65
La luna	70
golpea a las piedras con su llanto. Riñe con espejos a cuchilladas. En los estanques de hielo besa ranas moscas culebras. Magia de luceros diamantes y esmeraldas.	75
Las sábanas del alba	80
se crisan de rosas espuma y púrpura. Llora la madrugada perlas efímeras. Aroma de azahar nimba a las margaritas. Hunden púas los cardos. La flor del geranio se ilumina. Trinos y sonrisas. Alados pianos y arpas.	85
Amanecer:	90
piel de vírgenes ruborizadas. ¡Enrojeced! Faz de la tierra hembra fogosa. ¡Llor a Tonatiuh! Garañón que cubre a la naturaleza. En el inmenso lecho azul dos amantes se recrean. Entre bramidos y truenos llueve semen.	95
Tonatiuh preña a la tierra. Ella se retuerce gotea leucocitos ululante de ombligos verdes. Génesis de la savia y de la sangre. Orgasmos cósmicos. Potestad del rey supremo.	100
Se yerguen de la tierra los gigantes erectos.	105



chispea de microsoles  
 que hundan espolones en los ojos  
 y tornan oscura la vista.  
 Brilla en la atmósfera

el canto de las cigarras 160  
 como un tejido de cuerdas  
 que con el fuego vibrara.  
 Las chicharras hincan sus manecitas.  
 Se abrazan a las ramas

llore y llore 165  
 sin lágrimas  
 los designios de un destino sin agua.  
 Bajando desde las cimas

fincándose sobre los planos 170  
 viven los seres hermosos.  
 ¡Sahuaros!

Cuadro ocre pintado de bastos.  
 Místicos verdes  
 pericos extasiados  
 meditando. 175  
 En las tardes ensangrentadas  
 caramelos fosforescentes.  
 En las noches  
 monarcas indios encantados.

Nobles caballeros 180  
 naturales de estos lares.  
 Antigua estirpe sobreviviente  
 que no desalojaron de su espacio  
 ni la ambición

la indolencia 185  
 ni la infamia.  
 ¡Míralos!

¡Qué dignos!  
 Rectos y valientes.  
 ¿Te gustaría platicar con ellos? 190  
 Hablan el lenguaje universal.  
 Son esculturas de pensamientos  
 o pensamientos cincelados.  
 La elocuencia de los siglos  
 ellos la cuentan callando. 195

Sígueme,  
 turista hermano.  
 Entremos al país de los sahuaros.

Visten surcados de espinas.	
Tócalos con Carrión.	200
Así, con cuidado.	
Son de savia generosa	
y de corazones blandos.	
Adivínalos a la hora en que los oídos y las voces	
se topan en las encrucijadas	205
de los caminos muertos.	
¡Qué majestad de seres tan callados!	
Luna	
sombras	
siluetas.	210
¿Oyes el silencio sacro?	
Selene prendió en las piedras	
la luz que brilla en los astros.	
Mientras que las piedras duermen...	
¡Dios mío!	215
Se oye el sueño de los pájaros...	
Rezan los sahuaros	
tal feligreses devotos	
enlutados.	
Espejos con luz de arenas.	220
La montaña iglesia	
el cielo altar	
tremando de cirios universales	
que brillan y se apagan como promesas.	
Hermano:	225
¿No te sientes montado sobre la fluidez del tiempo?	
No es otra cosa que el lomo de la muerte.	
Sus pasos suenan latiendo dentro	
como si volvieran de muy lejos...	
Los sahuaros prendidos a la vida	230
se aferran a lo profundo	
contra la sequía que los cerca.	
Beben historia para crecer soberbios	
desafiando enardecidos	
la negación de la existencia.	235
¡Qué sabio arquitecto	
quien diseño a estos seres orgullosos!	
¡Qué artista prodigioso!	
¡Tal maravilla de cuadro!	
¡Cuán soberbios y elegantes!	240
¡Cuánta hermosura de los sahuaros!	
Mira, extranjero.	
Observa la ternura de ese amante enamorado	



<p>¡Que no vean las niñas!  Están llamando a la cigüeña.  Quieren poblar a los campos  para que la tierra no perezca.</p>	
<p>¡Vea!</p>	295
<p>Dos sahuaros de la mano  tal enemigos reconciliados.  Perdieron la sangre en un albur de puñales y plomo  para hermanarse en la clorofila.</p>	
<p>Aquel ciego juglar</p>	300
<p>contéplalo  al lado de noble lazarillo.  Tiende humilde los hilos de los años que se mueren  y de los que no han nacido.  Contó historias de cuando el mundo era niño.  Ahora calla y escucha al viento  que es el telégrafo de los muertos.</p>	305
<p>Caminemos hacia allá.</p>	
<p>Aquel descarnado  luce a medias su esqueleto.</p>	310
<p>Seguirá, señor, de pie  después de muerto  cual un Cid victorioso  sin calor y sin alientos.</p>	
<p>¿Dónde la pulpa que modeló su figura?  ¿La savia que lo vivificó, dónde?  ¿Qué de la clorofila verde vida?  ¿De las espinas que lo ornaban, qué?</p>	315
<p>Sólo los proyectiles vanos de la lluvia  y el viento que le arranca sollozos añorantes.</p>	320
<p>Algún búho anacrónico  desde su cúspide  augura a la media noche  irónico  el exterminio de los indios...</p>	325
<p>Te sonrises, forastero...</p>	
<p>¿Algo descubres?  ¡Que se volteen las damas!  ¡Vaya!</p>	
<p>Ese pícaro sin rubor  vive clamando su virilidad  apuntando a los arenales  con el símbolo erecto.  Clamando corajudo contra el desierto impío  sin mengua de ser obsceno.</p>	330
	335

¿Divisas acullá a la distancia? Son aquellos platónicos amantes estirando los brazos para unirse, pero la muralla del espacio transparente convierte sus horas paralelas en lago dibujado como anhelos sin cristal o lágrimas sin llanto.	340
¡Contemplad a los sahuaros!	345
Verde ejército encantado;  Simulan procesión de hombres de palo estáticos y contemplativos. Quieren que los paisajes trasciendan alma para saber de una tierra amada.	350
Lloran con guitarras que afina el abandono. Rezan con palabras de abuelos sepultos. Un Díaz de Vivar les demanda hazañas. Un Cuauhtémoc irredento los constriñe y los estruja mientras el embrión de Huitzilopochtli gesta sueños de venganza en sus entrañas.	355
¡Ey, tu!  Joaquín Murrieta. No, no es él. Es un sahuaro que remeda hombre a caballo un puño cerrado en la otra mano un látigo, ¿No adivinas por ventura al mentado Gerónimo?	360
Arroyos broncos bramando espumarajos tierra remota y el eco de un rayo.	365
¡Mira allá!  Aquel que parece cruzar... El santo Eusebio tan esforzado y manso. Halo de palomas lucientes de cantos amorosos. Jinete sembrador de rosarios. Constelación de palabras alumbrando. ¿Vas a San Xavier del Bac?	370
Dulce padrecito blanco. ¿Qué hacen estos seres enclavados? ¿Son acaso jeroglíficos vivos? ¿La historia de los humanos se cifrará en estos signos?	375
	380

¿No sientes ante la majestad de estos cactus  
 algo del ayer antiguo  
 miradas y pensamientos  
 otras voces y otros cantos?

¿Un paisaje 385  
 que recorrió los luengos caminos de la genealogía  
 para entrar a tus ojos  
 con las retinas de ignotos progenitores?  
 Misterio universal  
 el contemplar lo remoto y reconocerlo 390  
 sin haberlo vivido.

¡Sahuaros!  
 hermanos míos  
 hemos nacido en el mismo lugar  
 hace siglos 395  
 bajo el mismo signo.  
 Sois vosotros de Tucson,  
 del padre Tonatiuh hijos.  
 Lo soy también yo lo mismo.  
 Esta tierra 400  
 este paisaje  
 todo es Aztlán  
 con el alma universal del indio.

¿Decías?  
 Sí, 405  
 tienes razón.  
 También parecen soldados que han vuelto de la guerra  
 hastiados de la barbarie y de las vilezas  
 sin saber qué es triunfo  
 qué es derrota 410  
 ni cuál la justicia verdadera.

Los sahuaros se van secando  
 cavan los días y los años vencidos.  
 Se extinguen.  
 En los anales de mañana se leerá: 415  
 fueron.  
 No pueden preservar la vida  
 contra el designio que llevan en la entraña.  
 Los vence y los domina.  
 ¡Temporalidad! 420  
 Doblega y mata  
 fabricando recuerdos a cada instante de su marcha.

Sahuaros.  
 ¡Os amo tanto!  
 ¡Sois los seres más dignos! 425  
 ¡Qué hermosos y cuán derechos!

¿Quiénes más honrados?  
¿Cuáles más hidalgos?  
Monologa con los sahuaros, visitante.

¡Un museo en vivo! 430  
¡Qué multiplicidad de figuras  
ideas, sentimientos y sugerencias!  
Cada quien que los admire  
encarnará fantasmas en su conciencia.

Dime, caminante, 435  
¿Dónde has visto tantas estatuas  
esculpidas por otro maestro  
de tal maestría y tanta gracia?  
Aquí, en Tucson, viajero.

Lindo pueblo 440  
con la gracia de la vida  
que brota como venero  
del mero fondo del desierto....

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**